



¿A qué hora se va el Señor Culto?

El Señor Culto cierra la librería a las ocho de la noche y baja la reja de metal. Sentado en su pequeño escritorio, revisa la relación de los libros vendidos, cuenta el dinero y hace algunos cálculos en una hoja de papel. Es la rutina de todos los días que esperamos acabe lo antes posible.

Desde nuestros estantes, seguimos todos sus movimientos. El Señor Culto pega sus lentes a los ojos, hace unos cálculos adicionales, los revisa por última vez y guarda la hoja en un fólder viejo y enorme. Algunos libros que vienen de otros países nos cuentan que hay sistemas más modernos para registrar las ventas del día. Pero el Señor Culto prefiere este sistema antiguo y lento por el cual tendremos que esperar hasta bien entrada la noche para empezar nuestra reunión.

Seguro que se preguntan a qué reunión me refiero. Contra lo que ustedes piensan, nosotros, los libros para niños, no reposamos tranquilos como muñecos de nacimiento ni soldados de palacio. Apenas el Señor Culto abre la librería, sabemos que la hora de los niños está cerca y, entonces, nos entra un cosquilleo en las hojas, un escalofrío en el lomo y un temblor en todo el cuerpo. Mejor dicho, nos entra pánico. Y queremos que esta vida, dura y áspera, cambie de una vez por todas.

El Señor Culto ha dejado su escritorio y revisa los estantes en donde están los libros para adultos. Hay pocas cosas que arreglar allí porque en esa sección se lleva una vida tranquila, solo señores mayores y con lentes consultan esos libros una vez a las quinientas y los dejan en el mismo lugar donde los encontraron. Pero algunas veces, como ahora, el Señor Culto encuentra un espacio vacío en el estante. Mueve su cabeza, aparece un temblor en sus manos y dice en voz alta:

—¡Otro libro desaparecido!

Desaparecido quiere decir ‘robado’. A veces, los adultos entran y se llevan los libros sin pagar, pero eso casi nunca sucede con nosotros. Nuestros problemas son diferentes: niños que trepan los estantes y nos patean, niños con manos torpes que arrancan nuestras hojas y, lo más terrible, bebes que se sientan sobre nosotros con el pañal cargado. Yo, un libro de estimulación temprana, les aseguro que ese es el peor maltrato que uno puede recibir.

Recuperado de su molestia, el Señor Culto respira profundo y se acerca hacia nosotros. Como siempre, nos ha dejado para el final. Recoge los libros que están tirados en el piso, arregla las hojas dobladas y pega algunos lomos con una cola que siempre deja olvidada. Luego regresa hacia su escritorio, se pone su saco, mete un libro en el bolsillo derecho y abandona la librería rumbo a su casa.

Recién a esa hora, sin presencia alguna de seres humanos, podemos empezar nuestra reunión.



Preparando la estrategia

—¡Silencio...! ¡Silencio! —dice *El libro de la selva* en medio de un barullo que amenaza volverse incontrolable.

El libro *Harry Potter* parece no molestarse con la confusión que se ha armado. Por ser uno de los más populares en estos tiempos, se siente con derecho a dirigir nuestra reunión. Y, a lo lejos, desde otra sección de la librería, se escuchan los comentarios risueños de las enciclopedias y los diccionarios. Viejos y pesados esos libros.

—Entiendo que estén exaltados y molestos, pero tenemos que mantenernos tranquilos —prosigue *El libro de la selva*—. Solo así podremos discutir las acciones que vamos a tomar —sus palabras no se escuchan bien; cuando todos quieren hablar a la vez, nadie entiende nada.

En la espalda de plástico de *El libro de la selva* empiezan a correr unas gotas de sudor. A punto de perder el control, hace algo que sorprende a todos:

—¡¡¡SilencioOOOO!!! —grita con una voz aterradora, como si saliera de un cuerpo endemoniado. Con un grito así, debe haberse quedado sin el más mínimo aliento.

Entonces, como por acto de magia, todos los libros nos callamos. Nosotros estamos poco familiarizados con ese tipo de gritos, muy diferentes a los de un niño berrinchoso o de un papá



histórico. Eso ayudó a que nos quedáramos entre sorprendidos y asustados. Y lo más importante... en silencio.

—Si nos hemos reunido aquí es para ver cómo podemos defendernos de los niños —habla ahora un poco apurado y nervioso.

—¿Y qué se puede hacer contra semejantes monstruos? —dice el libro *La Cenicienta*—. No saben los golpes que he recibido hoy.

—Y eso que a ti te cogen más niñas que niños —dice el libro *Los dinosaurios*—. Yo sí que ando mal. Miren nomás mis tapas; están a punto de separarse del lomo. Creo que al Señor Culto ya le falla la vista, porque si se da cuenta, acabo en la caja de remates.

Entonces, se forma un silencio total. La sola mención de la caja de remates nos hace temblar y nos deja mudos. Desde aquí la podemos ver, a un costado del escritorio del Señor Culto. Es una caja honda y oscura, de un cartón duro a donde van a parar los libros que están tan dañados, que solo se pueden vender como libros de segunda. Un lugar así, sin aire y estrecho, es lo peor que nos puede pasar.

—A mí no me digan nada— dice el libro *Mis primeras letras*. Hoy, un bebe se sentó sobre mí. Les juro que todavía me falta el aire.

—Creo que lo mejor sería contarle al Señor Culto nuestro problema —sugiere el libro *Pinocho*.

—¿Ah, sí? Y a ti quién te va a creer —interrumpe el libro *El Hombre Araña*—. Un murmullo de risas se escucha, aunque la situación no está para bromas.

—Hablo en serio —insiste el libro *Pinocho* un poco molesto—. Hoy el niño gordo casi me hunde la carátula de un puntapié.



Nos quedamos mudos nuevamente. Los niños son terribles, pero el niño gordo es, de lejos, el peor de todos. Viene siempre acompañado de una nana con ojeras enormes y cara cansada. La nana lo suelta y, como si estuviese en una guardería, él corre, salta y trepa los estantes hasta coger el libro que está en lo más alto. Puntapiés por aquí, rodillazos por allá y golpes en todo el cuerpo. Sin él por acá, la caja de remate no estaría tan llena.

—Pero ¿cómo comunicarnos con el Señor Culto? —grita *El libro de las adivinanzas*, que tiene varias páginas manchadas de chocolate. Lo miramos como esperando alguna pista adicional. Ustedes saben, de un libro como él siempre se esperan respuestas ingeniosas. Pero no dice nada.

En ese momento, el libro *La Caperucita roja*, con una voz aguda, pregunta muy tímidamente:

—¿Y si le escribimos una carta?

Nos miramos entre nosotros con algo de desconfianza. Eso de escribir una carta no parece tarea nada fácil. ¿Acaso has visto alguna vez a un libro coger papel y lápiz, y ponerse a escribir?

Pero, poco a poco, entre todos hicimos un plan.

Primero, el libro *Las aventuras de Tintín* dio una idea algo descabellada. Luego, *El gran libro de los animales* la afinó y, de pronto, la idea dejó de ser descabellada. A esa idea le siguió otra, y a esa otra idea, otra y otra y otra. Al final casi todos nos animamos a hablar. Hasta el libro *Harry Potter* quedó maravillado con un plan que parecía sacado de sus hojas.

Así, poco a poco, nuestro plan quedó completo.